

Por ANTONIO INIESTA

Jesús (I)

Poco sabemos de la infancia de Jesús, de su adolescencia, de su mayoría de edad. Todo lo que se ha escrito de la juventud de Jesús, salvo dos o tres pasajes que recogen los Evangelios, es pura imaginación. Lo vemos en Belén cuando nace, como el acontecimiento más importante de todos los tiempos.

El Hijo de Dios nace en un pesebre, lleno de pobreza, desconocido de todos, incluso para los pastores, que le visitaron con la intención con que se visita a un niño recién nacido.

Como dice el Nuevo Testamento, Herodes se interesó por él, no porque le diera toda la importancia que tenía ese Niño, sino porque los Reyes Magos le preguntaron donde se encontraba el que venía a ser Rey de Israel y de alguna manera vio peligrar su reino en Palestina. Conocemos, que Herodes, a la sazón rey romano durante el nacimiento de Jesús, era la máxima autoridad que el Cesar había puesto, según su voluntad, para reinar y pacificar aquellas tierras, pues todos sabemos que eran rechazados, por sentimientos y obras, como invasores de la patria de Jesús. Barrabás por aquellos días, era uno de los inductores a la rebelión y su participación en la Pasión de Jesús, visto desde un punto de vista puramente humano, fue un acto accidental.

Después, a Jesús, nos lo volvemos a encontrar en el templo, ya niño y en las bodas de Caná de Galilea. Después le perdemos, para muchos años, hasta que aparece para predicar la palabra de Dios. Entonces tenía más o menos treinta y tres años. Era ya, pues, un hombre hecho y derecho. Aunque no se ha escrito nada sobre esto, suponemos que, ya mozo, habría tenido muchos de los problemas que nos aquejan a los hombres de nuestros días, pues el tiempo es como un círculo que gira, sumergiendo a los hombres de todas las edades históricas en iguales o parecidos problemas.

Cuando Jesús inicia su vida pública para anunciar el reino de Dios, era

ya un hombre maduro, y lo hace a esa edad, precisamente, porque con esos años, el hombre ya ha sido curtido, conoce los problemas de su tiempo, a los que va a enfrentarse y por los que será considerado como blasfemo al transgredir el orden establecido, no en el orden puramente político, sino espiritual. "Yo he venido para que tengáis vida y la tengáis abundante" ¿El hombre estaba muerto espiritualmente? ¿Es qué ya no era válida la ley de los judíos, ni los profetas?

Jesús dijo: "se puede curar en sábado, porque el hombre no está hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre". Había legitimado hacer las tareas ordinarias en sábado, había borrado todas esas rutinas de la ley judaica, que eran consideradas como santas, pero que no salían del corazón de los hombres.

Y fue más lejos, cuando señaló: "Deja tu ofrenda en el altar, y vete a perdonar a tu hermano". El perdón había abolido el "ojo por ojo" el perdón había sido reivindicado, que es en esencia, uno de los puntales de la iglesia que estaba creando. Ni siquiera la ofrenda ante el altar era superior al oferente. Jesús había conjugado los valores del espíritu, y había dado al hombre una responsabilidad ética y por lo tanto, para aquellos escribas y fariseos, había blasfemado. Y eso no estaba bien visto Jesús estaba cavando su propia fosa.

He llegado, después de un largo preámbulo, a lo que quiero que sea la esencia de este escrito. Jesús era un hombre, sujeto, por tanto, a las inclemencias políticas y religiosas de su época, a la adversidad, a la envidia, a la calumnia, sin que por ser Hijo de Dios, mediara entre El y su Padre, eso que ahora conocemos como tráfico de influencias. Estaba solo, tremendamente solo, pues incluso sus discípulos no acababan de digerir lo que estaba pasando. Y vosotros, ¿quién decis que soy Yo? Era una pregunta capital.

¿Qué hace un hombre cuando está sólo?, ¿qué hace Jesús en esa so-

ledad que le rodea?, ¿qué piensa?, ¿sufre?, ¿el ser Hijo de Dios aminora su drama? No, por la sencilla razón de que Jesús estaba sufriendo, no como Hijo de Dios, sino como hombre. Y como veremos más tarde, cuando se ha colmado la copa de su dolor, cuando como ser humano presiente la derrota, en una exclamación de angustia, dice ¡Padre, aparta de mí este caliz!

Sabía que iba a morir, que se acercaba su final, pero era un hombre solo, menguado, cuyos atributos divinos no había querido utilizar.

Jesús había llorado en dos o tres ocasiones, ante su amigo Lázaro muerto, en Jerusalén, y casi me atrevería a decir que en la cruz sus lágrimas correrían por sus mejillas, dolor íntimo, del que sabe que se está muriendo.

En el huerto de los olivos, donde le dejamos ahora, en espera de un segundo capítulo, Jesús está sudando "sangre", solo a unos metros de sus discípulos y ve todo lo que le espera, como una premonición de hombre, pues la divinidad de Jesús ha sido escamoteada en toda la pasión. Bajo el olivo Jesús sufre sudores de muerte porque adivina lo que le tienen preparado y pide que pase su hora y el poder de las tinieblas.

Hay como una mordedura de angustia en el silencio de la noche que rebala sobre su piel judía. Y es aquí donde apreciamos, que Jesús tiene miedo al dolor y a la muerte, que va a verter su sangre, pero también sabe, que sin derramamiento de sangre no hay redención.

SONETO

Quién quiso, mi Señor, buscarte daños,
quién en tu frente sus espinas puso,
quién a tu luz de Dios su sombra opuso,
quién te llenó tu amor de desengaños.

Quién te llevó a la cruz libre de paños,
para ver tu dolor de muerte infuso,
por qué tanto rencor, frío y obtuso,
calentado en el fuego de los años.

Si al Amor se ajusticia y es sufrido,
si tu muerte la mía deja sana,
oye, Señor, mi voz de arrepentido.

Que desprecio la vida que he vivido,
que odio la luz, la luz de esa mañana
que te dejé perdido en el olvido.